

**Ser amigos de los pobres,
de los laicos, de las mujeres...
nos hace amigos en el Señor,
Los nuevos desafíos de la comunidad jesuítica**

Carlos Rafael Cabarrús, s.j.

**Ser amigos de los pobres, de los laicos, de las mujeres... nos
hace amigos en el Señor**

Los nuevos desafíos de la comunidad jesuítica¹.

Nunca lo fuerte de la Compañía de Jesús ha sido lo comunitario, a pesar de que Ignacio nos diera un ejemplo vivo del cariño entrañable a los primeros compañeros². La pasión por la misión nos capta y, por así

¹ Este artículo fue presentado como comentario a la Ponencia del P. Howard Gray en el Coloquio de Chantilly sobre Historia y Espiritualidad de la Compañía de Jesús, en agosto- septiembre de 1998. Material complementario sobre todo este tema puede encontrarse en nuestros trabajos: "Tensión y conflicto comunitario desde la perspectiva ignaciana" en *Boletín de espiritualidad. Provincia Mexicana, S.J.* México, 1992 y también "Amigos en el Señor ¿Fuente o espejismo para la misión?" en *Manresa*, Vol 66, 1994, pp. 265 ss.

² La palabra "comunidad" no es típica del léxico jesuítico. Los términos más usuales en las Constituciones son "unión de ánimos" (655) y "cuerpo". La frase que utilizamos acá "amigos en el Señor" estuvo muy olvidada por la Compañía, hasta que la rescatara el P. Arrupe y la incorporara en muchos documentos. La frase es ciertamente de Ignacio y la escribe en una carta a Mosé Juan de Verdolay (1537), refiriéndose a "Los nueve amigos míos en el Señor". Es Javier Osuna quien ha enriquecido a la Compañía con

decirlo, hasta nos sirve de excusa frente a la vida comunitaria. Por eso “ya Maestro Ignacio se las ingenió para crear una vida comunitaria que, sin estar ligada a una casa precisa, se fundara sobre una comunicación constante”³. A pesar del énfasis de la Parte VIII de las Constituciones, la “unión de ánimos” no es de los puntos fuertes en la experiencia de la Compañía como lo refleja la carta del P. Kolvenbach sobre la Vida Comunitaria. Esto, junto con la falta de la pobreza, ha sido una herida grave en la Compañía. Las últimas Congregaciones Generales, con todo, han insistido vivamente en la necesidad de reformular la vida común. Las ponencias presentadas en este Coloquio son prueba de la honda preocupación que existe, en todos nosotros, por ser verdaderamente “amigos en el Señor”.

La ponencia del P. Gray ha hecho énfasis en el don de la amistad, en cómo es un regalo que debe suponerse, pero también debe provocarse⁴. La amistad es inherente a la gracia de la vocación. Para cultivar esta amistad, Gray hace alusión a la rutina de la vida comunitaria, a la relación con los superiores que representan especialmente al Dios tierno y misericordioso que reconcilia y que perdona y, finalmente, a la fuerza de la misión. Como instrumentos valiosísimos para provocar la amistad trae a la memoria la “conversación espiritual” y la extensión de la amistad con nuestros colaboradores apostólicos. Esta amistad “ampliada” es lo que desarrollaré en este trabajo.

Aunque indudablemente tendremos muchas virtudes y gracias en lo que vivimos como comunidad, creo que son más los obstáculos y rémoras que ponemos para vivir comunitariamente, como nuestro carisma nos impulsa. Presentaré algunas de estas dificultades típicas nuestras, en Latinoamérica, para pasar a encontrar el remedio más eficaz para erradicar ese mal que nos corroe.

la profundización en esta intuición de Ignacio. Véase, *Amigos en el Señor*, unidos para la dispersión. Colección Manresa, Mensajero Sal Terrae, Nº 18. 1998.

³ Véase Kolvenbach, Peter Hans. *Sobre la vida comunitaria*. Mayo, 1998, pág. 4.

⁴ Véase, Gray, Howard. *Contemporary Jesuits as Friends in the Lord*, IV Colloquium on The History And Spirituality of The Society of Jesus. Chantilly, Agust- September 1998

Obstáculos en la vida comunitaria

En primer lugar pondríamos la dificultad para la autotransparencia en el ámbito común. Como hombres que somos, es una realidad palpable que nos cuesta mucho comunicar nuestras situaciones personales. Como si estuviésemos entrenados para vivir a solas. Si a esto se suma que en nuestras vidas hemos sido heridos y traumatizados y todo ello produce además de dolor, vergüenza y reparo en transparentarlo —no queremos exponer nuestro “lado débil” porque “somos hombres”—, tenemos el síndrome del silencio y de la falta de comunicación personal profunda. En las generaciones de más de cuarenta años para arriba, nunca se nos facilitó el entrenamiento en la comunicación interpersonal, como sí se insiste ahora en la actualidad. Es precisamente este hecho el que genera una dificultad comunitaria en lo intergeneracional: nuestros jóvenes vienen más entrenados al trabajo en equipo, a la puesta en común y cuando llegan a comunidades más formadas encuentran un abismo insondable con nosotros. En el fondo, sin embargo, en todos los hombres, late esa dificultad de la comunicación profunda. Como si hubiese una timidez, sobre todo, en las expresiones de la relación con la experiencia religiosa y en particular con la amistad con Jesús de quien nos decimos compañeros.

Pero esta dificultad para la autotransparencia, yace en que nos da muchas veces miedo comunicarnos, por las vivencias del pasado y por las cargas de dolencias afectivas no sanadas. Con frecuencia nos hacemos efectivo daño al encontrarnos unos con otros. Como si renovásemos mutuamente experiencias anteriores para herirnos otra vez. Y es que de alguna manera, como lo señala el P. General, “la vida comunitaria es incómoda” porque revela nuestra sombra y nuestra riqueza:

“Cierto, como reconoce el primer libro de la Biblia, no hemos sido creados para vivir solos. Pero en ese mismo libro se plantea también la cuestión: ¿Qué has hecho de tu hermano?. Mientras permanecemos solos, podemos prescindir de nuestras limitaciones y debilidades, contentarnos con nuestros ideales y pensamientos elevados. Pero desde el momento en que entramos en una vida comunitaria, asoma nuestra incapacidad de amar a todos sin excepción; y descubrimos lo que hay en el hombre: luces, sin duda, pero también tinieblas.”⁵

⁵ Véase, Kolvehbach, op. Cit. Pág 9.

Todo esto, además, tiene una carga mayor, cuando nuestros dolores tienen que ver con situaciones difíciles en lo sexual. Nuestra sexualidad obscuramente manejada, la identidad sexual, el debate sobre las tendencias homosexuales, son dificultades, por lo menos en nuestras culturas latinoamericanas, para un diálogo profundo comunitario. Falta el clima de confianza e intimidad. Este miedo a la transparencia es lo que dificultaría de raíz la *conversación espiritual*, puntal de lo comunitario. Muchas veces, sin embargo, lo que está en juego en nuestro no compartir, es el perseguir una imagen, el guardar una "fama" frente a los demás. No en vano proponía Ignacio en la búsqueda de la fama y el "honor" un escalón fatídico en la manera como el mal del mundo nos seduce. El papel de la "cuenta de conciencia" es un antídoto muy eficaz contra este obstáculo.

El otro obstáculo serio es la *competitividad* que existe y a veces hasta se fomenta en la Compañía. La competencia entre nosotros es lucha por el poder. El poder, claro está, no necesariamente campea en los ámbitos del mundo exterior. Acá lo que se quiere conquistar es el poder de la ciencia, de los estudios, del acceso a medios, de las carreras, de las oportunidades de obtener mejores posibilidades universitarias, de influencia y del ejercicio real del poder. Es el intento de manejarse dentro de la argolla que se suele provocar con los que ejercen el papel de superiores para obtener ciertas prebendas de todo ello. Esta lucha por el poder es la que nos hace manejarnos de modo más independiente; queriendo que existan barreras según el célebre adagio del "respeto al derecho ajeno es la paz". La búsqueda de poder, como lo señala la meditación de Banderas, es el segundo paso por donde el mal del mundo nos hace caer como personas, como comunidades y como congregación religiosa. Esta búsqueda tiene además en nosotros, un tono de machismo: "soy lo que sé", "soy el que sé". Se establecen, por tanto, las relaciones dentro del esquema de dominación. Hay unos "superiores" (no sólo ligados a la autoridad) y otros que son menos y se les hace experimentar, con más o menos conciencia. Esta competitividad es enemiga frontal del trabajo de equipo y de cualquier interés comunitario. En América Latina, esta competitividad se aumenta por provenir muchas de nuestras vocaciones, de medios más pobres, con lo cual el deseo de poseer y de adquirir se puede vivir como competencia y compulsión.

Todo ello nos lleva a considerar otro gran obstáculo para la vida comunitaria y para el mismo ser de la Compañía: *la riqueza*. Esta riqueza puede ser comunitaria como también personal. Siempre la riqueza ha sido enemiga de la vida misma de la Compañía y de la vida común. Sobre esto San Ignacio batalló muchísimo intuyendo el veneno que se desarrolla al calor de las comodidades. En América Latina esta "riqueza" además es todavía más escandalosa e hiriente dada la pobreza circundante.

Pero lo que más corroe lo comunitario es la falta de pobreza personal. Eso que antiguamente se denominó el "peculio": cuentas individuales, los medios apostólicos más sofisticados pero de uso personal, las cuentas bancarias no declaradas, el carro exclusivo, los viajes y vacaciones individuales con grandes excesos. Esto mina la vida comunitaria y genera de raíz el individualismo. Para Ignacio en la meditación de Banderas era ya el deslizadero a "todos los vicios".

Estos obstáculos nos parecen característicos de nuestras comunidades en América Latina, pero no creo que se diferencien sustancialmente de lo que pasa en otras latitudes. Lo mismo podrá decirse del tipo de medios que podemos emplear para erradicar estos obstáculos que nos impiden ser verdaderamente "amigos en el Señor".

Obviamente que para subsanar estos impedimentos, el compañero tendría que trabajarse a fondo para poder conquistar una personalidad más integrada. Muchas veces las heridas y traumas no sanados son la fuente principal de problemas personales y comunitarios, aunque nos preparan a la solidaridad profunda. Como bien dice el actual Maestro General de la orden de los predicadores: "no tenemos palabras que propongan un sentido a la vida de la gente, a menos de haber sido tocados por sus dudas y de haber entrevisto el abismo"⁶.

Por otra parte, y no menos importante, la relación con una fuerte experiencia de fe, de fe en Jesús como centro y compañero de vida y el apasionamiento que él nos comunica por su misión, se vuelven elementos definitivos en cualquier proceso de salud personal y

⁶ Véase Radcliffe, Thimoty o.p. "La promesse de Vie" en *La documentation Catholique*, N° 2184, jun 1998, pag 579.

comunitaria. Jesús es el Amigo, por antonomasia, es el amigo perfecto y esta es la experiencia de Ejercicios Espirituales. El es, como dice Gray, -por contraposición al Mal espíritu- el "amigo de la naturaleza humana". Es el amigo que nos libera para la misión. En la segunda y tercera semana Ignacio nos invita a verlo en comunicación con la humanidad, Jesús, come, toma, ofrece su amistad a personas que en la práctica es arriesgado querer (Lc, 7: 31-35). En la cuarta semana se nos presenta como el Consolador, como el amigo que sana. En la Contemplación para alcanzar amor, Ignacio nos dice que es característica de un amigo el compartir y comunicar los dones. De aquí que, como bien comentara Gray, la amistad ignaciana en el Señor se acuña en la experiencia de lo que Jesús ha sido para cada uno de nosotros. Amigos en el Señor es la relación que se establece cuando un compañero comparte conmigo el proceso de reconocer mis dones como también es su presencia conciliadora cuando me percató de mis fallos, mi debilidad y mi pecado (1ª semana). El compañero, glosando la vivencia de Ejercicios, es alguien que me invita a participar, como Jesús, es sus sueños y sus deseos y lo hace tomándome como un colega valioso (2ª Semana), es alguien que me acompaña en mi propio sufrimiento (3ª semana) y que se regocija en mis alegrías (4ª semana). Jesús es nuestro paradigma y cuando vivimos la amistad a su "semejanza", imitando todo lo que El es para nosotros para con el otro, entramos entonces al misterio ofrecido y al don que es ser amigos en el Señor.

Hay un núcleo de intuiciones en el mismo Ignacio y en las Congregaciones Generales que pueden servirnos de *generadores de un proceso de sanación comunitaria*, además de los sugeridos por las ponencias anteriores. Ignacio nos recordaba que ser "amigo de los pobres nos hacia amigos del Rey Eternal" (Carta a los Padres y Hermanos del Colegio de Padua). También cuando un compañero estaba en dificultades lo enviaba a la "escuela de los pobres" (Cfr. Constituciones 240) para encontrar allí su remedio. Como que la fórmula compacta de honda inspiración ignaciana sería, por tanto: "**ser amigo de los pobres nos hace amigos en el Señor**". Ahora bien, la intuición de la Congregación General XXXIV, captando el soplo del Espíritu, nos brinda *dos canales adicionales* de enriquecimiento de nuestra vida comunitaria: el papel de nuestra colaboración con personas

laicas y la amistad con la mujer. Estos elementos formarían lo que Radcliffe llama "ecosistema comunitario"⁷, es decir, las condiciones de posibilidad que promueven la vivencia como hermanos. Todo esto supone, primeramente, un cariño fundamental por nosotros mismos, muchas veces despreciado y hasta con una supuesta justificación del olvido de nosotros mismos, que no desarrollaré en este trabajo. Sin embargo, **sólo si soy amigo de mí mismo podré ser amigo de otros en el Señor.**⁸

Ser amigos de los pobres nos hace amigos en el Señor

La fuerza de la frase ignaciana reside en el verbo hacer; Ignacio dice "nos hace amigos del Rey Eterno". Como que el mismo contacto con los pobres es lo que nos radicaliza. El contacto y el cariño, más que propuestas de gran austeridad o de pobreza en abstracto.

La cercanía con los pobres nos interpela hasta el fondo. Esto quiere decir, en primer lugar, que debe existir la amistad y la proximidad. Que los pobres deben entrar en nuestra casa y sentirse como en "su" casa, del mismo modo como ellos nos hacen sentirnos en la suya propia. Haber compartido el hogar de amigos/as pobres nos interpela; haber conocido sus problemas reales nos hace ser solidarios por la vía de la amistad. Invitar a esas mismas personas amigas a nuestra casa todavía nos interpela aún más. El escándalo de nuestra manera de vivir nos haría pensar en cómo compartir más de lo que tenemos en exceso; nos haría bajar de nivel de vida, quizás por el mecanismo del compartir más que de la ascesis de la privación, como valor en sí. Los pobres nos dejan gozar de sus hijos e hijas que sacan de nosotros nuestras fuerzas más puras: nos regalan su ternura y nos permiten expresarla con frescura y sinceridad. Los pobres "hacen más honda nuestra vida de fe" (C.G. 34: 2.1)

La cercanía de los pobres, por tanto nos modela como comunidad. Nos enseña sus valores. Uno de los valores más impactantes que éstos tienen es su disposición a compartir lo poco que poseen, su

⁷ Ibid. 578

⁸ Para toda esta tarea de aprender a ser amigo de mí mismo, véase nuestro libro *Crecer bebiendo del propio Pozo*, Serendipity Mayor, Desclée de Brouwer, 1998.

desprendimiento y solidaridad profunda. Los pobres nos enseñan a vivir con sencillez porque tienen poco que perder. Los pobres disfrutan y gozan de la vida. Aquella razón de Ignacio de que “se es más feliz” en la pobreza, ellos lo viven a cabalidad y lo podemos ver realizado. Los pobres tienen una gran resistencia ante los golpes de la vida. Son los pobres los maestros en la esperanza. La esperanza que en el ámbito sociológico se traduce en buscar siempre salidas a sus problemas de carácter económico, político y social. Maestros de la esperanza contra toda esperanza; “nos instruyen como ningún documento podría hacerlo” (C.G. 34:26, 14). El pobre es el siervo de Yavé que es “luz de las naciones” que nos ilumina y nos comunica fuerza desde su flaqueza. Pero eso sólo lo obtenemos por el contacto directo afectuoso con ellos, con los pobres con nombre y apellido. Eso sólo lo comprendemos y nos modela, cuando abrimos nuestra comunidad a su amistad. De los pobres aprenderemos un nuevo estilo de vida más cristiano, que serán ellos los que nos impulsan a tomarlo: “El estilo de vida de nuestras comunidades debe ser un testimonio creíble de los valores contraculturales del Evangelio, de manera que nuestro servicio de la fe pueda transformar efectivamente los patrones de la cultura local” (C.G. 34:4.28.2)

Ser amigo de los pobres socava de raíz la riqueza, la competencia y nos ayuda a desnudarnos en nuestra transparencia, como un signo muy genuino de nuestra pobreza real. Remedio eficaz contra los obstáculos comunitarios.

Es evidente, sin embargo, que la amistad con los pobres no se puede convertir o degradar en receta universal para los jesuitas, sobre todo en sus crisis. También aquí hay que actuar, según las Constituciones, de acuerdo con personas, tiempos y lugares. Porque, de lo contrario, lo que es gracia puede volverse ideología y ley, especialmente en provincias marcadas fuertemente por la opción por los pobres y la lucha por la justicia.

Ser amigos de los laicos/as nos hacen amigos en el Señor

La Congregación General XXXIV ha insistido vehementemente en la necesidad de la colaboración con el laicado. No sólo que ellos y ellas colaboren en nuestras obras sino también aprender a colaborar nosotros con sus trabajos. Sin embargo, extrayendo fuerza del paradigma de amistad de Ignacio, ser amigos de ellos y ellas nos hace amigos en el Señor.

La amistad con laicas/os, nos interpela. En primer lugar, nos ejercitan de verdad a nosotros en "la vida corriente". Nos dan "ejercicios" para ello: su propia vida, la normalidad de ver y realizar las cosas diarias. No hay que olvidar que nuestro modo de vida tiene mucho de irreal. Pocas veces conocemos el costo de la vida, la dificultad de enfrentar soluciones cotidianas que hacen a la humanidad ser muchas veces sólo "lo que puede", frente a la excesiva idealización de nuestros proyectos, cuando el "magis" deja de ser deseo y se convierte en estructura coactiva. El contacto con el mundo laical nos enseña, por tanto, a movernos con sencillez y realismo en la existencia. Su amistad interpela nuestra comodidad; interpela nuestras preocupaciones, nuestros dolores y aun nuestras mismas alegrías; les brinda un contexto más amplio. Ellos y ellas nos comunican dimensiones de la vida que no estamos acostumbrados a ver. Por otra parte, la función que los laicos han realizado en la Iglesia y en nuestras instituciones, siempre ha sido de "segunda clase". Su postura opacada y oprimida por el peso de nuestra institución eclesial, nos invita a una actitud más justa. Sin embargo, el aporte de su amistad nos hace comprender mejor, la fuerza de la que se han privado la Iglesia y la Compañía por no colaborar todavía suficientemente con ellos, donde, sobre todo, sopla el Espíritu. Como dice la Congregación General: "Nos unimos a ellos para ser compañeros" (C.G. 34: 13.7). Más aún, la misma vida de la Compañía está, gracias a ellos y ellas, como ya más expandida: De ahora en adelante "tendremos que entender por nuestro algo distinto: nuestro deberá significar un auténtico compañerismo ignaciano de laicos y jesuitas" (C.G. 34:13.20).

La amistad con laicas y laicos nos modela. Es decir, que en todo lo que el mundo laico interpela, nos puede modelar de una manera diferente. Esto no sólo en nuestras instituciones apostólicas. Sobre todo, modela un nuevo tipo de comunidad. En primer lugar, más abierta al compartir experiencias con ellos y ellas. La relación con lo laical nos ofrece un nuevo impulso "a la hospitalidad, a hacer de la Compañía un símbolo de acogida –para el pobre, el laico, el que busca sentido a la vida, el que quiere hablar seriamente sobre temas religiosos" (C.G. 34:1.11). Esto implica cambiar nuestros modos cerrados de comunidad. Nuestras "clausuras" que nos mantienen en nuestros castillos de defensa. Esto implica abrir nuestras puertas y nuestras casas a la

convivencia profunda con ellos. Pero por otra parte, esto va a suponer una formación diferente en que nuestros compañeros convivan también, por espacios de tiempo, con su modo de vida. Si no, con dificultad nos pondríamos en la ocasión de captar que “los laicos pueden ayudarnos tanto a comprender y respetar su propia vocación como a apreciar la nuestra” (C.G. 34:13.9).

La relación íntima con los laicos nos impelerá a fomentar verdaderamente “la Iglesia del laicado”. Si no hay una estrecha relación de amistad con ellos y ellas, si no hay un “conocer internamente” lo alejado que están de las instancias de dirección e inspiración –porque lo hemos experimentado desde su óptica- esta Iglesia del laicado tardará aún más por surgir. Esto modela no sólo el tipo de comunidad nuestra sino uno de los constitutivos nuevos de nuestro trabajo apostólico: la colaboración con ellos y ellas.

La amistad con laicos y laicas moldeará nuestro modo individualista de vida. Los laicos casi siempre se presentan como familia, donde se discute y se discierne, necesariamente, desde la perspectiva de los otros. Los laicos nos pueden enseñar que también nuestra comunidad tiene algo de “hogar” y también algo de la función de “taller” (José Antonio García), donde los compañeros tenemos que trabajarnos y formarnos como lo hace una familia. Dejándolos entrar en nuestras vidas, nuestras comunidades estarán más a tono con las necesidades y con los recursos siempre exiguos con los que cuentan las mayorías.

De allí pues, que su amistad nos da ejemplo de la actitud de comunicación, de la cooperación y de las necesidades materiales que de ordinario padecen, antídotos todos ellos contra los males comunitarios antes enunciados.

Ser amigos de las mujeres, nos hace amigos en el Señor

Esta frase es la que puede sonar más difícil de todas. Esta frase, con todo, se comprende y se ubica dentro de nuestra propia experiencia, de la misma experiencia de Ignacio (en su amplio y profundo trato con amigas) y de lo que nos sugiere la última Congregación General. En el documento sobre la mujer, la Compañía hace una evaluación y un examen sobre nuestro trato injusto y dispar

con las mujeres. En todo este tema, el jesuita se reconoce como pecador que pide al Señor gracia para convertirse: "hemos sido parte de una tradición civil y eclesial que ha ofendido a la mujer" (C.G. 34: 14.9)

La Congregación General última, ha sido muy cauta en intentar imponer modelos de relación o de amistad: "no partimos del supuesto que haya una forma determinada de relación varón - mujer que se pueda recomendar y mucho menos imponer" (C.G. 34: 14.11). Su insistencia es contribuir a procurar más bien un "cambio orgánico" en la sociedad y, para ello, insta a "alinearse en solidaridad con la mujer" (C.G. 34: 14.13), después de haber escuchado su punto de vista: "Escuchar es insustituible. Es lo que, más que otro factor, cambiará las cosas" (C.G. 14.12)

Ahora bien, no se puede comenzar con una acción de justicia solidaria si no hay previamente, amistad y cariño entrañable con quien uno pretende solidarizarse. Sólo esto nos pone en la disposición de dejarnos cambiar. Aun "la escucha insustituible" supone una fuerte dosis de amistad. De allí que la amistad sea necesaria; de allí que la amistad con la mujer nos haga mejores amigos en el Señor, puesto que la defensa de sus derechos es parte determinante ya, de *nuestro modo de proceder*.

La amistad con la mujer *nos interpela*. Todo el decreto de la última Congregación va en este sentido. Se había acallado a la mitad de la humanidad. Todo tiene que aprender a verse desde la perspectiva femenina que es un "*lugar teológico*" nuevo, una nueva fase y un nuevo campo de nuestra misión de fe —sólo en fe o en sus equivalentes se puede sostener la igualdad de mujer y varón en culturas ancestralmente machistas- y justicia, las mujeres son las primeras oprimidas en la humanidad sin excluir a los pobres y a los pueblos del Sur. Su amistad nos interpela en el modo de entender la vida, en el modo de llevar la vida, y en el modo de relacionarnos con el Señor. Pero, como habíamos señalado, no hay interpelación que aceptemos a menos que haya estrechos lazos de amistad.

La amistad con la mujer nos puede hacer sacar valores femeninos oscurecidos por nuestro machismo. Nos hace experimentar nuestra sensibilidad, la apertura, la necesidad de expresar al otro, la capacidad de acoger. La amistad con ellas nos enseña algo típico de la mujer: a

ser hermana que acompaña, que está atenta al sufrimiento del otro. Las mujeres nos enseñan el valor de lo simbólico, de lo sensible, a tocar, a abrazar a interesarse en el interior de las personas, a realizar más las cosas en equipo. Las mujeres, por lo general, no se relacionan desde la violencia o el poder. Para ellas, la oración y la vida comunitaria les es sostén, apoyo, fuerza. Tienden a ser más igualitarias en la misión.

La amistad con las mujeres, por tanto, *nos modela como comunidad*. Muchas veces en América Latina la mujer en nuestras casas juega ya un papel importantísimo. La colaboradora que, con frecuencia, nos ayuda en la cocina y a llevar la casa es ya un contacto enriquecedor donde ella juega el papel de madre y maestra, de amiga y confidente. Aunque su oficio pudiera ser considerado como "humilde" (no hay trabajo que sea indigno), su aporte es sumamente significativo, si se llega, verdaderamente, a establecer una comunidad con ellas y somos regalados con su sentido común y su cariño. Si esto se tomara más en cuenta, nos percataríamos del regalo que es la amistad de la mujer como modelación de la comunidad. En muchas de nuestras comunidades ellas comen con nosotros y otorgan a la vida diaria un sentido de calidez y de normalidad. Lo mismo puede decirse de las visitas de amigas y colaboradoras. La Congregación última nos habla de esta "debida presencia" suya (C.G. 34: 14. 13.4). Sin embargo, creo que, no se le ha dado a este "regalo" el espacio que se merece y por tanto no se le termina de sacar todo el efecto modélico que entraña. Es muy consolador darse cuenta que varias de estas colaboradoras nuestras han recibido "carta de hermandad" con la Compañía.

Esta amistad provocará en nosotros mayor habilidad para la comunicación, poder movernos en el eje que no sea la competencia y ser también solidarios de su pobreza de estar excluidas de la fuerza de su voz. Todo ello antídoto contra los males comunitarios.

Consideraciones y examen final

La comunidad en la Compañía de Jesús tiene que reformarse y reformularse. Decíamos que todo ello implica, en primer lugar, que haya, cada vez más, sujetos más sanos, más trabajados en la problemática personal, más amigos de sí mismos. En segundo lugar, los compañeros debemos estar cada vez más apasionados por Jesús y su proyecto del

Reino. Ahora bien, para hacerlo esto como cuerpo, como comunidad, mucho nos ayuda, glosando a Ignacio, el ser amigo de los pobres para hacernos así amigos en el Señor. Junto con esa recomendación ignaciana rescatábamos dos contribuciones importantes de la Congregación General XXXIV: la amistad con los laicos y la amistad con la mujer. Ahora bien, si estos tres ejes pueden contribuir a lo comunitario, tienen que ser verificados con ciertos indicadores claves.

Lo primero que tenemos que cuestionarnos es si de verdad, tenemos como compañeros y como comunidad, amigos y amigas entre los pobres, entre los necesitados –de toda índole- entre enfermos. Esto es vital para la vida de fe personal y es vital para la vida comunitaria. ¿Cuánto estos amigos y amigas pueden entrar en nuestras casas? ¿Cómo los recibimos, cómo se sienten cómodos con nosotros? ¿Cómo esta invitación ha alterado algo nuestra vida común, en lo que a compartir o a austeridad se refiere?

Por otra parte, tenemos que preguntarnos cuánto nuestros colaboradores laicos comparten en nuestras casas, en nuestras comidas, en nuestros descansos. Cuánto su presencia ha modificado sensiblemente algo de nuestra vida, en lo que a mayor colaboración entre nosotros, a mayor corresponsabilidad se refiere. Esta corresponsabilidad debe ponerse en función principalmente en los momentos en que nuestro hermano vive su Getsemaní. ¿Vamos a dormirnos mientras él lucha? Si no se ha modificado nada en nuestra vida de comunidad, si esto, de algún modo, no ha traído algo de malestar y estridencia, quizás todavía no nos hemos dejado impactar por la amistad de los laicos en el ámbito comunitario.

Por último, tenemos que preguntarnos por la amistad con la mujer. Esta amistad será más sana cuando pueda ser traída a la comunidad con espontaneidad, libertad y sinceridad. Esto significa que la amistad con la mujer no sea sólo un reducto personal sino se haga partícipe de ello a la comunidad con quien vivimos. ¿Cómo acerco a mis hermanos, las amigas que tengo? ¿Qué efecto ha supuesto en el cumplimiento de las recomendaciones de la Congregación General (C.G. 34: 14.13), esta relación de amistad? La defensa, entonces, de la igualdad esencial del hombre y de la mujer, el apoyo a los movimientos de liberación, la atención al fenómeno de la violencia con la mujer, su participación en la consulta y toma de decisiones de nuestros apostolados, el uso del

lenguaje inclusivo cuando hablamos o escribimos, se torna en puntos determinantes de nuestra agenda comunitaria.

La clave de toda esta posible renovación comunitaria reside, por tanto, en que la amistad entre nosotros, como compañeros, **se provoca, se modela, se excita, en la experiencia de otros amores que nos retan para trabajar en la búsqueda y acogida del Reino.**

«Creación de una red apostólica ignaciana»

21. Un desafío para la futura cooperación con el laicado en la misión lo constituye el número de individuos, colaboradores, antiguos jesuitas, encuentran en la experiencia de los Ejercicios Espirituales una base común de espiritualidad y de motivación apostólica. La existencia de tantas personas de inspiración ignaciana atestigua la permanente vitalidad de los Ejercicios y su fuerza de animación apostólica. La gracia de la nueva era de la Iglesia y el movimiento hacia la solidaridad nos impulsan a trabajar más decididamente para afianzar los lazos entre todas estas personas y grupos. Podríamos así crear lo que podría denominarse "una red apostólica ignaciana"

22. Una red así fomentará una mejor comunicación y proporcionará apoyo personal y espiritual entre estas personas y grupos. Optimizará la misión de las personas de inspiración ignaciana en su tarea de evangelización del mundo. De este modo la Compañía de Jesús puede aportar una contribución específica a la nueva evangelización. La puesta en marcha de esta red apostólica ignaciana requerirá amplias consultas, discernimiento cuidadoso, planificación gradual y pausada. La CG 34 pide al Padre General que, con la ayuda de jesuitas y no jesuitas cualificados, estudie esta posibilidad.

* Tomado del Decreto de Laicos de la CG 34